

LA FORMACION SOCIAL DE LOS HIJOS EN LA FAMILIA

En un número último de esta Revista hemos tratado de los elementos positivos que han de aportar los padres a una constitución socialmente sana del hogar y de los defectos sociales que tienen que evitar para que la familia sea ejemplarmente social. Con la ejemplaridad social de los padres y de su hogar ya se tiene mucho andado en la obra de la formación social de los hijos. Pero es menester completar lo dicho con algunas orientaciones que ayuden a los padres en la labor concreta de esta educación.

1. *El proceso de socialización.*—La familia debe ser una escuela de vida social. Si hemos de crear hombres sociales, hay que formarlos sobre todo en la familia. Estudiando la acción de las influencias educativas durante los primeros veinte años de la vida del hombre, dice el P. de Vuyst que el niño pasa por término medio 2.000 horas en la iglesia, 8.000 en la escuela y diez veces más horas en el seno de la familia. Si los educadores de la Iglesia y de las escuelas emplean a veces muchos años para prepararse a su misión, también los padres se han de especializar para cumplir con la suya. Por eso conviene que tengan algunas nociones sobre el desarrollo social de la infancia.

No nos referimos aquí al crecimiento biológico, sino al crecimiento relativo a la personalidad. La mente y la personalidad se desarrollan, no de acuerdo con un plan ya presente en las células germinales, sino de acuerdo con la experiencia social del niño. Aunque la mente y la personalidad exigen una base física, un cuerpo, un cerebro y un sistema nervioso, las formas de los rasgos personales y sociales dependen primordialmente de lo que el niño aprende y de las formas de interacción que tiene con las personas que le rodean.

El niño es criado dentro de un ajuste social. Desde su nacimiento en adelante está influenciado por la sociedad y por la cultura en que nace. Sus experiencias sociales son decisivas en la formación de su conducta e influyen directamente en su desarrollo personal y social. La manera como el niño usa de su cuerpo, sus gestos y modo de andar, la manera de pensar y hablar, de

expresar sus emociones, de comunicarse con otras personas, todo eso son conductas aprendidas y enseñadas como resultado de una interacción social.

Hay dos aspectos principales en el desarrollo social del niño, que son de importancia fundamental para los educadores. El primero es el proceso general de aprendizaje social, por el cual el niño aprende todas las cosas que ha de conocer y todas las cosas que debe hacer o no hacer para llegar a ser un miembro de la sociedad. Es un proceso como de socialización y decimos que el niño se socializa, eso es, se hace un miembro del grupo, del que asume el modo de vivir, y decimos que la sociedad, a través de sus agentes, padres, profesores y otras personas, actúa para socializar al niño. El segundo aspecto del desarrollo social es la formación de las relaciones sociales o la expansión del horizonte social del niño. Aprende a incluir cada vez mayor número de personas en el grupo en el que se siente a gusto. A medida que va creciendo, se hace un ciudadano de una comunidad local, de una nación, del mundo. Aprende a colaborar con varias especies de personas y a integrar sus intereses personales en los intereses del grupo.

En términos generales la socialización es así el proceso modelador y creador, por el cual la cultura del grupo es transmitida a la infancia y el sentimiento y la conducta individuales se mudan gradual pero continuamente y se desarrollan de acuerdo con los valores dictados por la sociedad. Los principales agentes de socialización en la vida del niño son la familia, el grupo de compañeros, la escuela, la iglesia, las organizaciones juveniles, varias instituciones políticas y económicas de la comunidad y los medios de divulgación colectiva, como la prensa, la radio, la televisión.

2. *Los métodos de aprendizaje social.*—En el proceso de socialización no sólo existen varios agentes que actúan sobre el niño, sino también varios métodos de aprendizaje social, varias maneras por las cuales se aprende y varias maneras de enseñar.

La primera es el método general de premio o castigo. El niño que es reprendido por no usar adecuadamente de los objetos o de los alimentos, está siendo socializado por el uso del castigo. Cuando es elogiado por estar comiendo como se debe, está siendo socializado por el uso del premio. Premios y castigos se hacen más sutiles y más indirectos a medida que el niño va creciendo y continúan siendo de varios tipos. El premio puede tomar la forma de cosas materiales, de aprobación social, de elevación del prestigio. Asimismo hay castigos corporales y restricciones físicas y sociales, que son formas poderosas de castigo. Aunque hay ciertas formas de premio o castigo indeseables, el método en general es eficaz y, al menos en sus aspectos sutiles, obra continuamente en la vida diaria para ajustar la conducta de los individuos jóvenes y ancianos y para enseñarles a comportarse de modo que tengan en cuenta las expectativas sociales.

La segunda forma de aprendizaje social es la enseñanza, como cuando al individuo le son dadas algunas informaciones o se le enseña lo que debe hacer o cómo debe hacerlo. Este es el método de la narración y de la explicación.

Los padres, los colegas, los profesores, el predicador, todos usan siempre un método didáctico.

La tercera forma de aprendizaje social se da cuando el niño aprende por la imitación del ejemplo que le dan. La imitación puede ser consciente, cuando el niño copia deliberadamente lo que ve, o puede ser inconsciente. Esta es de especial importancia en el aprendizaje de conductas y actitudes sociales. El niño, en sus primeros años, aprende naturalmente que la vida es más compensadora y más interesante si sigue las pisadas de las personas de más edad y más experimentadas a quienes ama y respeta, como a los padres y a los hermanos mayores. Se acostumbra a imitar a las personas que tienen poder y experiencia y con las que siente íntimos lazos emocionales. La imitación está íntimamente relacionada con el proceso de identificación, por el cual el niño ama o admira a alguien y quiere ser como este alguien. Imita consciente o inconscientemente su conducta, adopta los mismos valores e ideas. Comúnmente la identificación comienza con la familia, por donde los padres son tomados como modelos. Con el tiempo, y a medida que aumentan sus contactos sociales, el niño tomará otros modelos para su conducta. Gran parte de lo que el niño aprende sucede a través de la imitación y de la identificación. Los padres, los profesores y otros adultos, en la planificación de experiencias sociales para los niños y adolescentes, están haciendo de estos procesos un menor uso del que podrían. Aunque para el aprendizaje social hay que confiar en los métodos de premio o castigo y en la enseñanza didáctica, con todo habría que aprovechar especialmente la tendencia del niño a imitar y a identificarse con las personas admiradas que le rodean¹.

3. *Importancia de la familia en el desarrollo social de los hijos.*—Cada familia es un sistema social particular, una unidad social organizada, un sistema organizado de relaciones en que el niño aprende las primeras lecciones de vida social, su primer conjunto de papeles sociales, lo que de él se espera como niño, el modo como debe conversar con otras personas, aprende a ser hijo y hermano, aprende lo que es ser hombre o mujer. En el cuadro social de la familia el niño se forma conceptos propios, como, por ejemplo, qué especie de persona siente que llegará a ser, qué derechos y deberes reconoce poseer y lo que se espera de él en el presente y en el futuro. En términos más generales, el niño aprende en la familia cómo vivir su sistema social, cómo organizar sus reacciones de forma consistente y adaptar su conducta a la de los otros, cómo relacionarse con otros en un complejo enmarañado de relaciones sociales.

Considerada, pues, como un sistema social, la familia asume una importancia fundamental como agente socializador. El niño llevará a las situaciones escolares una serie de conductas y conceptos propios que son el resul-

¹ Cfr. ROBERT J. HAVIGHURST, *Desenvolvimiento social de la infancia*. En «Society and Education», Boston, 1957.

tado del aprendizaje recibido en el hogar. Estos pueden modificarse o reforzarse por las experiencias que adquirirá en la escuela. En cualquier caso, los modelos establecidos en la familia constituirán los fundamentos sobre los cuales el aprendizaje social ulterior se deberá apoyar.

La inmensa y complicada estructura de participación social tiene sus comienzos en la infancia, en la relación entre madre e hijo. La madre alimenta y acaricia al hijo y éste siente placer. Llega a anticipar este placer cuando oye la voz materna y al poco tiempo sonríe y murmura cuando la madre aparece. Por el gesto y el ruido, la madre y el niño en seguida desarrollan un lenguaje por el cual transmiten entre sí sentimientos de placer y dolor, de aprobación o desaprobación. Al poco tiempo, el niño no sólo participa sino que colabora con la madre. Así en la hora de alimentarse toma la posición que facilite a la madre alimentarle; coopera con ésta cuando le viste. De estas formas rudimentarias de comunicación y de colaboración, el niño se encamina por un tipo de conducta más complicado y sutil, no solamente en relación con la madre, sino también con el padre, hermanos y después con personas extrañas.

El niño desarrolla sentimientos de entusiasmo y de afecto para con las personas que le ayudarán a satisfacer sus necesidades y que le procurarán experiencias agradables. En relación con tales personas, primero la madre, después las otras, el niño siente una íntima alegría, buena voluntad de cooperar, y eventualmente, disposición para hacer sacrificios por su bienestar.

Hay una diferencia considerable de relaciones de familia en varias partes de la sociedad y diversos estilos de familia. Los niños representan el centro de tales familias y aprenden de las funciones familiares lo que aprendían los niños del pasado. El niño aprende no solamente conductas exteriores, sino también conductas sociales, morales y valores económicos de cultura. Cualquier familia educa a sus descendientes en su propia manera de vida y aun refuerza y modifica la estructura de la clase social a que pertenece.

4. *La lucha contra el egoísmo.*—Teniendo en cuenta los métodos dichos de aprendizaje social y la importancia de la familia como factor de socialización de los hijos, los padres han de emprender la gran obra de la educación social de sus hijos, procurando pronto despertar en ellos el sentido social y el sentido de sus responsabilidades sociales. En la formación de este sentido social hay que atender a reprimir los elementos negativos y a alimentar los elementos positivos.

El primer elemento negativo que hay que combatir, por ser antisocial, es el egoísmo. «Muy luego establece el niño la oposición entre lo que es él y lo que no es él, y sobre todo entre él y los que no son él. El sufrimiento iniciará en él su obra educadora. Mientras las personas que se mueven en torno del niño no sean para él sino causa de sensaciones agradables, no hay motivo para que no se confunda con ellos en la vaga visión que tiene de las personas y de las cosas; el día en que tropiece con alguien o con algo, el día en que le contrarie la resistencia de las personas o de los objetos, ese día

adquiere la conciencia de sí mismo y de lo que no es él; se pone y se opone. Bien se ve que no vamos por el camino del altruismo y parece evidente que por el movimiento normal de su ser y por el hecho mismo de las circunstancias que le rodean en sus primeros años, el niño se orienta hacia el egoísmo, si la educación, actuando en un sentido inverso, no viene a paralizar este movimiento.»²

El niño nace con el egoísmo en sus tendencias. Profesa, a su manera, el antropocentrismo; todo lo que existe le parece que existe para él. Lo primero que se impone es no favorecer la marcha de este egoísmo. Si se tolera esta hipertrofia del yo, ello podrá tener consecuencias desastrosas para la familia y para la sociedad. Desgraciadamente, esta lucha necesaria contra el egoísmo los padres casi nunca la emprenden; siempre están en vísperas de declararle la guerra, pero incurables pacifistas, temen ante las lágrimas del niño, tienen miedo ante el esfuerzo que les impondría una obstinación efímera del niño, y continúan viviendo en estado desastroso de paz, que corrompe a sus hijos. Se añade aún el mimo y la adulación. No se combate lo que conduce a fomentar el egoísmo. La consecuencia de estos métodos tan desastrosos es que tales niños fuera de sí ya no llegan a amar a nadie, ni aun dentro mismo de esta sociedad que es la familia; se les ahoga toda afección; su corazón se endurece y su voluntad se afloja. En cambio, la lucha contra el egoísmo los hará fuertes y tiernos. La lucha contra el egoísmo es una obra negativa, es verdad, pero quita un obstáculo que impide el crecimiento social del niño. Una vez vencido o debilitado el egoísmo, el ser humano ya queda en condiciones de desenvolverse y engrandecerse.

Desde el punto de vista social es sumamente necesario que se combata ya el egoísmo en el seno de la familia, pues la mayor parte de las desgracias y de las perturbaciones sociales proceden del egoísmo impenitente del hombre, del amor excesivo de su bienestar, de su reposo, de su placer, de su dicha personal, que está en la raíz de todas sus injusticias, de todas sus intransigencias, envidias, desdenes, rencores y durezas. Hay que arrancar al hombre de esta egolatría para devolverle el sentido de lo que debe a los otros, y eso hay que procurarlo ya desde la niñez.

La consecuencia inevitable del mismo progreso de la civilización consiste en arrancarnos más y más de nuestro aislamiento individual, para hacernos depender más y más los unos de los otros. El alma de los hijos, liberada por el cuidado de los padres de las estrecheces del egoísmo individualista, se elevará por encima de todas las mezquindades de la envidia, del desprecio o del rencor, y el corazón quedará desbordante de caridad compasiva, benevolente con atención, consciente de su papel y de su deber social.

Tampoco hay que perder de vista que la sed insaciable del oro puede hacer de los hijos nuevos cómplices del estado social lamentable del mundo.

² KIEFFER, *La autoridad en la familia y en la escuela*. Ed. FAX, p. 229.

Educar al hijo en el buen empleo del dinero, es misión de los padres. Hay que incuncharles que el origen de cualquier fortuna es social en gran parte, y no fruto exclusivo del esfuerzo personal o del que la legó; que la garantía de su buen uso es igualmente social, ya que la suerte en el reparto sólo puede convalidarse sintiéndose obligados hacia los menos favorecidos. Es falsear la conciencia de un hijo darle a entender que el dinero es un medio de gozar y que no tiene necesidad de trabajar para poseerlo. Interesa poco que un hijo pertenezca a una familia rica o sea de posición humilde, con tal que los padres le obliguen a enlazar la idea del esfuerzo con la de la riqueza. Es un error muy difundido entre los padres el que deben preparar a sus hijos un bienestar por lo menos igual, si no superior, al suyo. ¿Quieren encaminar las energías de sus hijos a la molicie y a la pereza? Como si el más importante deber de los padres no consistiera en desarrollar las potencias de acción de sus hijos, antes que aumentar los capitales que puedan dejarles. Hay que imponer a los hijos la ley del trabajo y del esfuerzo.

A los hijos que no nacen en condiciones de riqueza, hay que mostrarles que el sueño egoísta de igualdad es un sueño insensato. Hay que defenderlos contra los sentimientos de bajo celo que demasiado a menudo despierta la vista de la felicidad de otros. Tanto al pobre como al rico hay que preservarles contra el espíritu de casta o de clase, que en suma no es otra cosa que el espíritu de orgullo y que hace al hombre tan fácilmente desdeñoso o despreciador de quienquiera que no pertenezca al medio social de que él forma parte, al mismo tiempo que se opone a las mutuas benevolencias que la vida social exige.

5. *La formación del sentido social.*—Derribado o combatido el egoísmo de los hijos y todas sus múltiples manifestaciones, los padres, de una manera positiva, han de ver en ellos seres sociales, aportadores a la sociedad de bienes y virtudes. Hay que alumbrar en el hijo su ser social, educarlo, desarrollarlo, como se hace con el ser intelectual y religioso. Hay que despertar y avivar en él la disposición de alma a darse cuenta, con la razón y con el sentimiento, de las repercusiones de sus actos sobre los demás seres y sobre el bien común, que no hay acto humano, por nimio que parezca, que no tenga o pueda tener una trascendencia social en las modalidades de aplicación de la justicia y de la caridad.

Pensar en los demás, sentir por los demás, servir a los demás, son normas seguras de conducta social, como asimismo la reverencia constante y sincera a la justicia, el amor al prójimo, el culto a la equidad, el buen sentido exento de exageraciones impulsivas, el respeto a la vida y a la propiedad ajenas, el acatamiento sin reserva a la verdad, la disciplina fiel, el olvido del yo egoísta, el sacrificio alegremente ofrecido a Dios, la actividad en provecho del prójimo. Inculcando estos principios en el alma de los hijos, les pertrechan para vivir con sentido social. En la edad adolescente, cuando van a incorporarse a la vida, hay que darles elementos y fe para ejercitar su propia iniciativa, voluntad para responder a los buenos principios, solidez de

formación moral y social, constancia en el propósito, espíritu asociativo y colectivo, conciencia de solidaridad, presencia de ánimo, altruísmo, templeamento combativo, afán de santo proselitismo. Se les hará caer en la cuenta del bien inmenso que pueden hacer a los demás por su nombre, su posición o su dinero y por la sencillez y naturalidad en el trato. Así estarán preparados para comprender más adelante la doctrina social de la Iglesia, y no opondrán una muralla de prejuicios a esta enseñanza.

Quien vive y siente socialmente queda afectado agradable o desagradablemente para cuanto bueno o malo sucede en la colectividad; nada le deja indiferente o insensible. En cambio, quien vive a lo egoísta, no se da cuenta del mal, sino cuando se ve personalmente atacado.

6. *La práctica del sentido social en la familia.*—La familia es una sociedad en pequeño, y el espíritu familiar que se despierta en el hogar, sin ser todavía el espíritu social, es su germen. Hay que ir amplificando convenientemente los pequeños elementos de formación social que existen en el seno de la familia. En ella se puede ir acostumbrando a las pequeñas vidas dominadas por el egoísmo a pensar en otros, en las conveniencias de los demás miembros de la familia. Que no sean una carga para los otros; que no se les dé la facultad de mandar a los domésticos; que procuren bastarse a sí mismos en todo lo que puedan; que sepan arreglar y cuidar sus propios objetos y vestidos; que respeten el trabajo de los padres, de los hermanos y de los demás de la casa; si participan en los juegos, que cedan de propósito a los más pequeños; que respeten el sueño de los que están fatigados; que presten algún servicio, como escribir, llevar una carta, arreglar la mesa, cuidar y divertir a los más pequeños, cultivar el humor en sí, ingeniándose en no ofender nunca y en perdonar con gusto; que respeten a los ancianos y reconozcan el mérito de los hermanos. Mil intervenciones generosas se ofrecen en el hogar. De este modo se acostumbran los hijos a prever tempranamente las consecuencias sociales de sus actos. En la medida posible hay que utilizar al hijo en las tareas que hacen agradable la vida de familia. Así la familia se hace la primera escuela del sentido social. Se sabe que existen los otros y que por ellos hay que sacrificarse; éste es el fundamento del sentido social.

Advirtamos también el alto valor social que tiene el respeto a los padres. Dios ha querido transparentarse y como proyectarse en la familia por medio de los padres, para que aprendiera el hombre desde su misma infancia las lecciones de reverencia, de jerarquía, de sujeción, de orden, sin las que ni quiera se concibe la sociedad. Si Dios no hubiese hecho de la familia la primera escuela de respeto, le hubiese faltado a la sociedad lo único capaz de sostenerla, que es el nervio que ata el mundo moral a Dios. Dios es el vigor universal de las cosas; lo es de la sociedad humana porque por la vía de los padres ha impuesto a los hijos las grandes ideas que son el soporte de la vida social.

Padres e hijos deben pensar en este alto valor social del respeto: los

padres, para merecerlo; los hijos, para no infringirlo. La sociedad es una familia inmensa, donde las diversas autoridades no son más que una participación y como un destrenzamiento de la dignidad paternal; los súbditos, los hijos de la gran familia, deberán inclinarse ante la autoridad social. El día en que la familia no sea la oficina del respeto, habrá llegado la ruina de la sociedad. Por eso, sin duda, Dios, que ha hecho al hombre naturalmente social, ha querido darle en la familia una escuela natural e íntima de respeto, ha querido salvaguardarla con preceptos y sanciones gravísimas. Y si la familia es la semilla de la sociedad y la escuela de las virtudes sociales ¿dónde la libertad del hijo deberá someterse al contraste de la autoridad para aprender a obedecer y ofrecer un día a la sociedad el don de una vida disciplinada, única forma de las virtudes útiles, sino en la familia? Y ¿quién en la familia, podrá disciplinar la vida del futuro ciudadano sino los padres, con la fuerza dulce y eficaz de su autoridad? ³.

7. *La formación en la justicia y en la equidad.*—Los niños llegan a la familia con almas nuevas, prestas al bien o al mal, según las primeras lecciones y los primeros ejemplos que recibirán de sus padres. Es un hecho de experiencia que los niños aportan al nacer instintos o tendencias que hay que conocer para dirigirlos bien. Una manifestación elemental de la psicología infantil es el coger todo lo que está a su alcance, un gusto de la conquista y del acaparamiento. Después que las correcciones familiares le han enseñado a distinguir lo mío y lo tuyo, experimenta un atractivo por lo que se le ha prohibido apropiarse, igual al placer de impedir a los otros que se apoderen de ello. Le Play ha podido decir en una fórmula impresionante que cada nueva llegada de niños al mundo es comparable a una invasión de pequeños bárbaros, lo que, por otra parte, no les impide ser graciosos. Pero no hay que pararse en lo que arrebata los ojos: su dulce sonrisa, su buena fe, su voz que lo quiere decir todo, sus llantos pronto apagados. De estas lágrimas y de esta sonrisa hay que penetrar las razones, que no siempre son graciosas.

El niño no conoce más ley que la del primer ocupante. Pero llega demasiado tarde en un mundo ya invadido y fuertemente ocupado. Cuando querrá decir: esto es mío, aquí está mi sitio en el sol, habrá que hacerle comprender los límites de su propiedad; y aun concediéndole algún objeto al que le pueda decir que le pertenece, es importante acostumbrarle a oír a los otros, hermanos y hermanas, emplear la misma fórmula, de manera que la conciencia de su derecho propio le sirva de partida para respetar el derecho de otro. Pronto se fatigará en poseer el mismo objeto y experimentará envidia del objeto que no le pertenece. Hay que cortar pronto esta usurpación, y si es menester, castigarle, para que no reincida; conviene que el atractivo de la tentación choque con el recuerdo de la pena incurrida.

³ Cfr. CARDENAL GOMÁ, *La familia*, p. 277.

No excluye la justicia la esperanza de poseer otra cosa. El cambio de un objeto contra otro es igualmente legítimo con tal que el valor de las cosas sea igual. El cambio es una operación natural del niño, porque pronto se cansa de lo que le ha encantado. Los padres han de estar atentos a reprimir toda iniciativa de contrato fraudulento y a someterle a la ley de la igualdad. Hay que vigilar los cambios entre niños. De la manera como hayan practicado este comercio, así lo harán mañana en el comercio real.

En este punto los niños han de encontrar un ambiente de ejemplaridad, para que no vean la contradicción que consiste en castigarles por los pequeños fraudes y en ver unos ejemplos de poca delicadeza en materia de dinero o de comercio, de dinero que se hace con la ruina de otros, todo lo cual destruye los gérmenes de probidad que comenzaban a crecer, y en lugar de convicciones fuertes, les deja la sospecha de que la conciencia es una carga y que la regla de lo justo es una invención de los padres para hacer y conservar prudentes a sus hijos.

Hay que inculcar, pues, a los hijos, un vivo sentimiento de justicia: no hagas a los demás lo que no quisieras que te hiciesen a ti; respeta con escrupulosidad lo mío y lo tuyo; ten en cuenta los derechos de cada cual y no los vulneres jamás. Estos son principios que el niño ha de comprender, sentir y vivir. No solamente hay que inspirarle el respeto al derecho ajeno, sino también que se convierta en defensor del bien ajeno como si fuera propio.

El sentimiento de la equidad, en mayor grado aún que el sentimiento de la estricta justicia, ha de llevar al niño a darse cuenta de todas sus responsabilidades. La equidad lleva a comprender que las desigualdades sociales imponen deberes a quienes la fortuna favoreció con sus bienes para con aquellos con los que no fué pródiga; que estas desigualdades no existen en virtud de una ley brutal, que hace de ellos unos vividores y de los otros unos sacrificados; que toda ventaja moral y material de que el individuo se beneficia, crea una responsabilidad. Conviene que el hijo adquiera la conciencia de la responsabilidad social que para él representa cada ventaja de que goza. Ha de comprender que la fortuna, la inteligencia, la distinción, una superioridad cualquiera tiene una función social, y que a él atañe desempeñar esta función. Bajo una nueva forma se llega así a condenar al individualismo que incita a gozar de una manera egoísta de cuantas ventajas deparó la naturaleza, sin cuidarse del prójimo, como si no existiese.

8. *La educación de los hijos en la caridad.*—Para completar la educación de los hijos en su sentido social, no basta combatir el egoísmo, en la familia y fuera de ella, y hacer que cumplan con los hábitos de la justicia y de la equidad, en el hogar y fuera de él, sino que es menester la formación en la caridad. Todas las máximas y tendencias inspiradas por el egoísmo en el corazón de los hijos tienen que ser sustituidas por la caridad. La caridad no acepta ver sufrir sin querer aliviar, se preocupa de no herir a nadie, quiere para los otros tanto bien como para sí, la seguridad material, la indepen-

dencia posible, la cultura verdaderamente humana, la felicidad tanta cuanto se puede obtener aquí abajo.

Es menester que la familia se preocupe por abrir el alma de sus hijos al conocimiento y estima de aquellos que no pertenecen al cuadro habitual de las relaciones familiares. «Fuera de la familia, dice Charmot, es menester dar a nuestros hijos una experiencia doble: el contacto con la miseria y el don de sí a esta miseria.» La práctica de la caridad ha de preceder a las fórmulas. Esto se hace cada día en el hogar con reflexiones que se sugieren, con impresiones que se provocan, con actos de caridad que se cuentan y otros que se hacen cumplir. Los padres tienen que iniciar a sus hijos en las delicadezas de la caridad, en el ansia de aliviar las miserias del mundo. Si la familia ha de abrazarse con algunos sacrificios, hay que decir a los hijos que hay personas más pobres. En todas partes se les ha de enseñar a dar preferencia a los otros. Hay que enseñarles cómo una verdadera amistad ennoblece al hombre; que el intercambio de ideas y sentimientos comunes fomenta la amistad desinteresada; que tienen que alternar con los compañeros de estudio, de barriada, etc., pues esta familiaridad puede originar una verdadera amistad; que practiquen las pequeñas atenciones, la alegría y la sonrisa; que la oración por el prójimo ocupe un lugar importante en sus prácticas de caridad.

9. *El contacto de los hijos con los grupos y las realidades sociales.*—El grupo familiar en que se encuentra colocado el niño, grupo que conserva durante mucho tiempo sobre él una influencia preponderante, es demasiado heterogéneo, demasiado marcado por una fuerte autoridad adulta, para permitir el ajustamiento progresivo de una conducta socializada. No vamos a criticar la autoridad paterna cuya estabilidad es indispensable para el buen equilibrio del hijo. Pero, por una parte, la familia es el centro de las relaciones sociales afectivas más complicadas que las de los otros grupos y por eso el aprendizaje social en ella no es sencillo; y, por otra parte, pocas familias comprenden la necesidad, para el equilibrio del niño, del adolescente y del adulto futuro, de hacer pasar al hijo por una serie de grupos diversos en que la vida en sociedad sea más sencilla, donde pueda hacer sucesivamente las experiencias de autonomía y de cooperación que sean reclamadas por su desarrollo. Más tarde, la familia será un campo excelente de aplicación de las conductas sociales cuando serán bien conocidas. Será una buena comprobación del buen o mal aprendizaje social. Pero la familia constituye para el niño un insuficiente campo de experimentación.

Así la función de la familia en la educación social de los hijos consiste también en abrirles los horizontes, dándoles la posibilidad de ensanchar sus experiencias personales más allá de la familia. Hay que dar ocasión al niño para estar en contacto con hechos sociales extrafamiliares y aun extraescolares, para que sus problemas no se puerilicen por encerrarse en el estrecho círculo infantil. Así se podrá evitar el choque brusco que pueda experimentar el joven en el tránsito de la vida familiar a la vida del adulto. Hacia los

doce años ya parece que el niño es capaz de sentir interés por las realidades sociales y puede dedicarse con provecho al trabajo de la observación social.

Del ambiente humano arrancan las impresiones que han de servir a los hijos para construir su orden moral, social y práctico. Si a esto se añade que los problemas del momento actual son fundamentalmente sociales, se verá con más claridad la necesidad de que el niño aprenda a conocer el medio social en que vive, primera condición para que pueda tener alguna garantía de que en el futuro sabrá situarse y desenvolverse en la sociedad como un elemento activo del orden social⁴.

Háy que abrir, pues, el alma de los hijos a las influencias de fuera del hogar, para que aprendan a tener relaciones adecuadas con sus semejantes, sientan las exigencias del bien común. Participarán los hijos en el conocimiento del vecindario, de la población en que se vive, de la nación, de los acontecimientos del mundo, en la vida de la Iglesia. Se pueden fomentar en los hijos las actividades deportivas y su pertenencia a asociaciones de este tipo. El deporte contribuye en gran manera a la formación del sentido social de los niños, como explicó hermosamente Pío XII en 1945 en su discurso a los deportistas italianos. Por lo mismo hay que fomentar en los hijos los juegos colectivos, forma efectiva de formar el sentido social. En el juego colectivo se sigue el ejemplo de los demás, se tiene en consideración lo que ellos desean, se descubre que uno puede ser un ejemplo que los otros pueden copiar. Así se aprenden muchas lecciones útiles para ajustar la conducta a la actitud del grupo y a sus ideales. Se desarrolla la confianza en sí mismo, la iniciativa y la facultad de guiar a otros.

El hijo pertenecerá siempre a una familia. Lo más frecuentemente formará otra. Por eso no sentirán los padres la grandeza y la augusta pesadumbre de su misión, si no se les ha formado para ser eslabón en la cadena de la vida, si no les han educado con firmeza con un doble objeto: para cumplir integralmente a su vez los deberes de cabeza de familia, núcleo social por excelencia, y para cumplir los deberes que les corresponden como cooperadores de la obra social común, de la gran familia humana. Para todos estos deberes hay que preparar a los hijos. Especifiquemos algunos.

10. *La formación para el cumplimiento de los deberes profesionales.*— Del círculo estrictamente familiar los hijos, por las circunstancias de la vida y por el cumplimiento del deber ético de trabajar, son llevados al otro círculo concéntrico de la sociedad profesional, en el que hay una misión social que cumplir, y del círculo profesional se pasa, insensiblemente, al de clase social, que dice relación a la desigualdad de condiciones, a diferencias de educación, de fortuna, o a la similitud de situación por razón de convencionalismos sociales más o menos fundados.

⁴ Cfr. El sentido social. XVI Semana Social de España, 1956, p. 21. VÍCTOR GARCÍA HOZ, *Un programa de enseñanza social en la escuela primaria*, Madrid, 1948.

La formación social exige que se ayude al hijo no sólo a elegir bien su tarea futura, sino sobre todo a ponerle en estado de cumplirla bien. El verdadero valor de la vida profesional dependerá de cómo antes se ha formado su conciencia. Toda profesión requiere un mínimo de competencias y de conocimientos. Aplicarse a ellos es uno de los primeros deberes profesionales. Deber al parecer banal, pero obligación de los padres es hacerlos comprender al hijo en todo su alcance, como asimismo infundirles el sentimiento de la responsabilidad que tendrá que arrostrar, según la profesión que haya emprendido. Toda enseñanza deontológica profesional tiene un contenido social de modo que el ejercicio de la profesión se oriente con caracteres de verdadero servicio a la comunidad. Hay que hacer entender al hijo la justa noción del papel social de su profesión; que comprenda que si la profesión, considerada desde el punto de vista individual, ha de ser un medio para que pueda vivir, es también, mirada desde el punto de vista social, una verdadera función, un servicio que el individuo ha de prestar a la sociedad de la que forma parte.

Los hijos, guiados por los consejos prudentes de los padres, habrán elegido la carrera o profesión que responda a sus aspiraciones y a sus capacidades; sostenidos y estimulados por los padres, pondrán toda su alma en prepararse a ella de la mejor manera posible y pondrán toda su conciencia en cumplir bien con sus deberes profesionales. Su tarea quizás será modesta, su vida quizás sencilla, su trabajo quizás sin esplendor. Pero ello nada importa, si logran realizar bajo la mirada admirativa de los que vivirán a su alrededor, y sobre todo bajo la mirada de Dios, que recompensará sus esfuerzos, una de las más hermosas, de las más gloriosas, de las más imperecederas obras maestras que el hombre puede hacer aquí abajo, la de una vida profesional irreprochable y de una tarea concienzudamente cumplida.

11. *La educación cívica de los hijos.*—El hijo forma parte también de un pueblo, de una nación. Tendrá su parte de influencia, pequeña o grande, sobre la vida de esta comunidad cuyo bien común dependerá finalmente de él. Su vida civil tendrá, pues, sus deberes y sus responsabilidades.

La familia ha de dar al Estado no cualesquiera ciudadanos, sino ciudadanos educados. Para cumplir con este deber, se ha de procurar no solamente la educación física, intelectual y moral, sino también la educación cívica. En la familia el niño recibe sus primeros ejemplos, adquiere sus primeras nociones. No es indiferente que estas nociones sean exactas y estos ejemplos morales. No siempre lo son. En familia, entre amigos, no hay cuidado sobre las conversaciones de esta clase ante el niño; aunque éste se calle y parezca pensar en otra cosa, registra lo que muy a menudo no tendría que haber oído: las eternas críticas de las instituciones, de los hombres políticos y de las autoridades civiles, las quejas sobre la profesión y la escuela, y estos juicios a veces no son expresión sino de rencores. Estas apreciaciones injustas y abusivas obran muy fuertemente sobre el pensamiento y el carácter del hijo, que se encuentra así inclinado hacia la negación, en vez de ser inducido

hacia una fe positiva, hacia la admiración que ha de tener por su país. Si recoge solamente el eco de quejas y recriminaciones, tiene el riesgo de hacerse individualista, de ignorar el sentido de la colaboración, de erigirse a sí mismo en censor de todo lo que se hace, dice, ve, de franquear el límite en que se ha de detener todo juicio, porque más allá se penetra en el dominio sagrado de la conciencia, de la patria y de la fe.

Los padres han de hacer un severo examen de conciencia, han de tomar la resolución de tratar con menos negligencia sus deberes cívicos, para que los hijos se inclinen a respetarlos mejor. Han de inculcar en los hijos costumbres cívicas desde los primeros años. Han de informar a los hijos rectamente sobre el sentido político del orden de su país. Hay que prepararles para los deberes fiscales del contribuyente, para la comprensión de la política general interior y exterior, familiar, escolar, económica, social, religiosa, pues en todo ello el hijo se encontrará interesado. Hay que enseñar la importancia del deber electoral y de tomar parte activa en la vida pública del país. Hay que interesar a los hijos en la política en cuanto es el arte del bien común. No han de referirse los padres a los políticos en términos despreciativos e injuriosos. Hay que dar a los hijos rectitud de conciencia y de pensamiento para guiarles más tarde en el caos de las doctrinas, de los programas, de los grupos, de las tendencias políticas. Hay que dirigir la mirada de los hijos más allá de las fronteras, para que sepan que hay pueblos dignos de respeto. Está muy bien que en el hogar se cultive el amor y el respeto a la patria, a sus glorias nacionales, se recuerde a sus héroes y a sus santos, pero también hay que inculcar una simpatía para con todos los pueblos de la tierra.

12. *Preparación de los hijos para el apostolado social.*—El espíritu de apostolado es consecuencia del espíritu cristiano y de la caridad para con el prójimo, de la caridad para con la patria, de la caridad para con Dios. Hay que despertar y formar en los hijos el sentido apostólico, su participación en las obras sociales, enseñarles cómo pueden ejercer el apostolado a través del ejemplo, de su influencia personal y de su participación activa en las instituciones sociales.

A veces se ha modelado al hijo para los deberes íntimos de la vida familiar, pero no se le ha iniciado en los deberes de la vida y del apostolado social. Habría muchos menos comunistas si los hijos e hijas de los burgueses hubiesen sido mejor instruídos en sus deberes sociales y de apostolado social. Y hay víctimas del comunismo, porque no han sido apóstoles del reino social de Jesucristo. Los adolescentes de las familias burguesas han aprendido el deber social en su sentido mundano, en el sentido de los deberes de sociedad. Pero se ha creído que las cosas llamadas sociales son peligrosas, si no inútiles.

Al hijo atraído por las obras de apostolado la madre le dice que para qué tiene que ocuparse de todo eso, que ya tiene bastante con ocuparse de sus negocios. Se comete un error y una imprudencia en esta consigna de repliegue sobre sí mismo. Piensan las madres que el gusto nuevo de la acción so-

cial va a sustraer a los hijos a la intimidad tutelar del hogar. Lo que sucede es lo contrario, eso es, que de resultas del apostolado de los hijos, se llega a una unión más íntima con la madre. Hay padres admirables que se han sacrificado por el bien del hijo, y éste ha quedado ingrato; hubieran provocado su agradecimiento, si le hubieran preparado para que se sacrificase por la felicidad de sus hermanos menos favorecidos.

Decía con fuerza el gran amigo de la juventud obrera San Juan Bosco: «Un hijo del pueblo al que no se ha enseñado desde los quince años a sacrificarse y a entregarse es un hijo perdido.» En las tentaciones los hijos se sentirán más valerosos, si tienen alguien a quien proteger. Muchos se han perdido por la inmoralidad, y se habrían salvado trabajando por salvar a sus hermanos. En vez de oprimir la edad del pleno crecimiento con prohibiciones, hay que fomentar en el pecho del adolescente la necesidad irresistible de entregarse. Hay que proponerle programas positivos de hermosura y de bondad que realizar con la ayuda de Dios.

El apostolado en las obras sociales no aparta a los hijos del afecto y adhesión a un noble ambiente familiar. El afecto para con los padres aumentará con el recuerdo de lo que habrán hecho para hacer entrar a los hijos en el camino de la nobleza divina y del goce profundo de las obras de apostolado social. Ninguna seducción más fuerte que la de una existencia sacrificada. Hay que utilizar, pues, cristianamente el ardor del hijo, ocupar su espíritu y su corazón con una causa que amar.

MARTÍN BRUGAROLA, S. J.